

*Blue*

**23**

600 Pages

# Weekend

SCANDINAVIAN SEXMAGAZINE IN COLOR



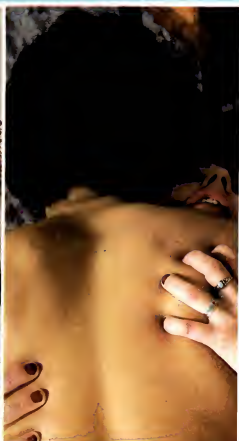
DEUTSCH · ENGLISH · FRANÇAIS

# En lo hondo de tu raja

Valeria se arrodilló en la cama, movió las manos en señal de llamada apremiante, y Mario supo lo que debía hacer. Los dos se encontraban totalmente desnudos. No iba a ser la primera vez que follaban, ni siquiera la cien... ¡Pero sí la última! Por esta causa ambos se hallaban dispuestos a transformar el instante en algo inolvidable, en construir

un recuerdo de esos que marcan una etapa definitiva.

Ella tomó la polla con su mano izquierda, y él la besó en la boca y la acarició los pezones. Casi se pinchó al tocarlos de lo duros que se hallaban. Después, se abrazaron y sus respiraciones parecieron irse a quebrar. No obstante, quedamente, se dieron ánimos.





*«...Y las tetas de Valeria se balancearon suavemente.»*

Habían formado pareja en los mejores circos del mundo como trapeceista; ella era española, de Murcia, y él mejicano, de Guadalajara. Seis años de plena actividad, bien compenetrados y decididos a casarse en el momento que su actividad artística se lo permitiera. Pero lo retrasaron en exceso; y, en el momento de la verdad, los dos habían preferido unirse con otros... ¿Acaso porque se conocían demasiado?

El beso se hallaba fabricando pasiones, transmitiendo unas densas salivas; y como los dos no querían separarse, les pareció distinto. Siempre les ocurría lo mismo: era un «volver a empezar» eterno, como si estuvieran aportando unas dosis de misterio a su relación, el riesgo de arrojarse al vacío sin red.

En el momento que rompie-

ron el abrazo debieron recoger una gran cantidad de aire. Los pulmones sintieron un gran alivio, y las tetas de Valeria se balancearon suavemente. Ella tuvo necesidad de apoyarse en lo alto de la cabecera de la cama, donde Mario volvió a besarla los pezones; con el añadido de que los lengüeteó lentamente, pasando de uno a otro, y dedicando el mismo tiempo a cada uno de ellos. De una forma rítmica y medida, como era su actividad en todos los momentos de su vida. La necesidad imperiosa de quien ha de calcular hasta la última décima de segundo que le permitirá aferrarse a las manos del portor o a la barra del trapecio descolgado en el instante exacto.





Escuchó los gemidos de Valeria, sintió el palpar de la piel y comprendió la necesidad de cambiar la situación. Se introdujo entre las piernas femeninas, la hizo sentarse sobre su tórax y, alzándola un poco las ingles y los muslos de la misma forma que si estuviera sujeto a la barra más firme,

se zambulló en el coño. Un reguero de jugos le saludó. Lo recogió con la punta de la lengua, en una absorción rápida y, en seguida, se entregó a formar otros. Un caudal con el que se regaló hasta la saciedad. Pero no quiso buscar las honduras de la raja.

Prefirió esperar a que aque-

*«...Se dedicó por entero al clítoris. Un aliado que jamás le traicionaba. Lo encontró fuera del capuchón.»*

llas carnes adquiriesen la suficiente elasticidad y el aroma vaginal se hiciera más acre y penetrante. Aspiró con la nariz, igual que si estuviera buceando, y se dedicó por entero al clítoris. Un aliado que jamás le traicionaba. Le encontró fuera del capuchón, tembloroso y dispuesto a crecer.

Se cuidó de envolverlo, de presionarlo y de golpearlo; al mismo tiempo, le llegaban unas gotitas a los labios y advertía cómo la zona «atacada» cobraba una calidad suprema.

—¡Todo lo haces a la perfección... Eres el número uno!  
—debió reconocer Valeria.





«...*Los poros de su piel, de la carne más viva de su coño...*»

La voz femenina sonó a reproche, a un convencimiento acumulado a lo largo de seis años de follada. Pero no permitió que ni uno sólo de los poros de su piel, de la carne más viva de su coño, dejara de hallarse en contacto con aquel amante excepcional. Había tenido que echarse hacia atrás, en busca del apoyo de la almohada. No porque temiese ir a parar al suelo, sino para disfrutar del cunnilingus... Sin quererlo se entregó a temblar.





El alarido no se formó de palabras coherentes, más bien fue un sonido gutural. La queja de una hembra que se sabe dominada, esclavizada por el macho que mejor la conoce en este mundo. Encima volvió a dejarse manejar, hasta que los dos consiguieron la posición del «69». Cuando Mario la estaba empezando a buscar las honduras de la raja... ¡Apresó la polla con desesperación!







*«...Respondiendo a las acciones de aquella lengua capacitada para "follar" en lugar de lamer o mamar...»*

La sujetó con sus labios, cerró los ojos y se retorció levemente. El capullo hizo intención de seguir adentrándose en la boca, respondiendo a las acciones de aquella lengua capacitada para «follar» en lugar de lamer o mamar. Debido a que él sabía utilizarla golpeando las paredes vaginales, con el único propósito de que se cerraran. Después, daba comienzo a los rítmicos «mete-sacas». Sin embargo, en una reacción convulsiva, ella debió incorporarse sobre las palmas de las manos... ¡La

impacto de los orgasmos! Jadeó, estiró las piernas y apretó aún más las ingles sobre el velludo tórax de su amante...

—¡Siempre haces de mí lo que quieres... Tu maldita lengua... Me roba el placer, me hace tu esclava... Y yo necesito mi propia libertad... Aaaaahhh... No dejes de titilarme el clitoris... Bébeteme mis caldos... Muérdeme, muérdeme... Mmmmmm! ¡¡Quiero más... Más, más... Devórame...!!

Se estaba comportando co-





mo una bestezuela, perdido todo el control racional sobre sus acciones. Y Mario le ofreció lo que ella pedía, sabiendo que aquello le iba a permitir saborear un chochazo rojizo, rebosante de juegos y muy lubricado. Una raja-cueva en la que sus dedos y, sobre todo, su lengua cumplirían el grato papel de amos y no de hués-

pedes. Podrían permanecer allí, escarbando y obteniendo placeres el tiempo que se les antojara.

Continuó manteniendo a Valeria tumbada sobre su cuerpo, bien agarrada por las cachas y empleando los dedos para dilatar las dos cavidades. También le interesaba la anal.



Un trabajo más en el coño. Seguidamente, el trapealista mejicano se bajó de la cama e hizo intención de marcharse. Ella le miró como sino comprendiese nada. Carraspeó no demasiado segura de que le pudieran salir las palabras con claridad y, cuando se aseguró de ello, le preguntó:

—¿A dónde vas tú? Es que pretendes dejarme así?

—Ya has tenido tu orgasmo. Me parece que es lo suficiente como despedida... ¿No te vas a casar pasado mañana con ese empresario inmobiliario?

—¡Pero que canalla eres, Mario! ¿Crees que yo me seguiría considerando una

mujer en mis cabales si te dejara escapar sin entregarme tu leche por última vez! ¡Ven aquí y dame tu polla!

Dispuso de lo que quería; no obstante pudo darse cuenta de que la follada iba a malograrse sino dejaba de actuar como si estuviera en contra del dominio que él había mantenido sobre ella...

—¡A ningún hombre podré amar tanto como te he amado a ti! —reconoció.

Luego, sin más pérdida de tiempo, se dedicó a lo que más le importaba: mamar una verga que adoraba. Lo hizo rebordeando todo el glande con la punta de la lengua y besándola.

*«Los cojones adquirieron el grosor característico...»*

A partir de entonces no se preocupó de otra cosa que no fuera obtener la extracción del esperma. Y hubo momentos en los que creyó estar a punto de lograrlo. Los cojones adquirieron el grosor característico, la polla osciló de un lado a otro, las venas externas del tallo cobraron esa tensión que da idea de que pueden hacer que estalle la piel que las recubre, y el orificio de la uretra soltó un suave efluvio de calor húmedo... ¡Pero no eyaculación! Esto tampoco la desanimó...

Valeria se echó en la cama,





boca arriba y acariciándose el chichi. Nunca había estado más hermosa. Tragó saliva, con la verga fuera de su boca, y procuró aspirar la mayor cantidad de aire. Al momento, prosiguió con la felación; pero tirando de tal forma que Mario no pudo hacer otra cosa que arrodillarse sobre la colcha. Con las manos echadas hacia atrás, tenso y

aguardando las reacciones de la hembra. Formó una sonrisa y comentó:

—¿Te acuerdas cuando organizábamos orgías con «Mon-drake y Sheena», su serpiente? En el momento que tú te encelabas, perdida en una total borrchera sexual, acababas de mamar igual que ahora...

—¡Pero lo que mamabas









era la cola de la serpiente, al mismo tiempo que «Mondrake» y yo te la metíamos por el chocho y por el culo! ¡¡Qué divinos tiempos aquellos...!! ¡¡Pero jamás estuviste tan superior como al follar con los dos gorilas de «Zortán»,

aquel atleta negro que se hacía llamar «el Soberano de Africa»... Epocas en la que tú no rechazabas ningún tipo de picha, por grande y negra, o peluda, que fuera...!!

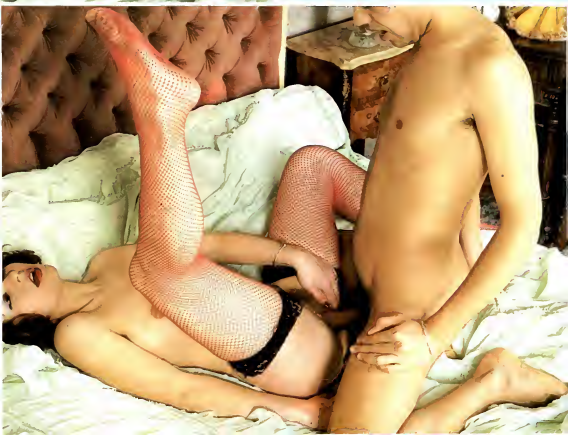
Mario se debió callar en el acto.



El silencio se lo impuso Valeria al propinarle un mordisco en el capullo, como muestra de la rabia que le daba tener que aceptar lo «viciosa» que había llegado a ser en sus tiempos de máximo despendolamiento.

—Así que te propones enterrar el pasado, ¿no es cierto, «raja honda»? En «El Circus de los Aguilas Rojas» te llamaban así y otras cosas más comprometedoras... ¿Qué diría tu futuro maridito si lo supiera? —preguntó él, a la vez que le

*«...Levantaba una pierna y le hundía la polla en el coño.»*





—¿Me estás chantajeando, Mario? No te creo capaz de hacer una cosa... ¡Sería una putada impropia de un hombre tan íntegro como tú!

—No me hagas la pelota, nena... ¿Sabes de lo que es capaz un hombre de mi calibre cuando pierde lo que consideraba totalmente suyo?

—¡Por eso te dejo! ¡¡Yo no pertenezco a nadie... Ni siquiera a ti!!

Y estaba gritando una mujer que se hallaba tumbada en la cama, espatarrada y alargando la mano para que la polla no se le saliera del chochò... ¡Desesperada ante esta sola idea! Pero es que, encima, fue

colocada de lado, muy cerca de la cabecera, y recibió el cipote en lo hondo de la raja... Con unas arremetidas tremendas, que le obligaron a abrir la boca en unas muestras de ahogo y desesperación... La rebeldía se le empezó a amansar, y una duda aleteó en su cerebro... ¡Coincidiendo con la proyección del segundo orgasmo, que la dejó sin aliento,

Y se vio reaccionando como si estuviera en lo más alto del circo: buscando dos puntos de apoyo para no desplomarse al vacío. Los encontró en sus propias ingles, cerca de la picha, y en la cabeza.

• La polla empezó a compor-



tarse como un mazo arrasador. Con cada embolada Valeria se veía forzada a acusar una sacudida violenta: una montaña rusa en sus honduras, excavando en las vetas donde el orgasmo se hace oro, diamantes y fuego arrasador... ¡Se vio requiriendo todo el aire de la habitación, y le faltaron lugares en los que

sujetarse! Sumida en un vértigo alucinante, gimió quedamente:

—Tuve que «sacarle» los ojos a aquella ecuyere sueca que te quería en exclusiva, luego de que la permitimos formar un «triángulo» con nudo a un punto sin retorno... ¡Llevabas demasiado tiempo «pegándomela» con otras! De-



be ser una forma distinta de celos...No me importa lo que hagas, ni a quien te folles, si yo me encuentro delante... ¡Pero me revienta los ovarios enteramente que te escondas para «pegármela»!

—Ya sé la verdad... ¡Ja, ja, ja! Te estás comportando como una casada de lo más tradicional... ¿No presumías de ser la mujer más liberal del mundo?

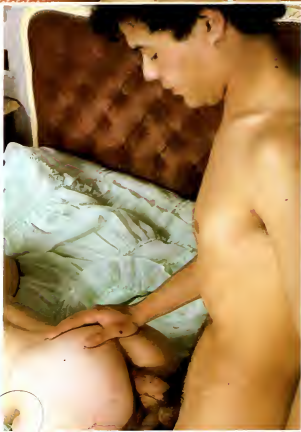
—¡¡Y una puta mierda!! Se puede compartir o dejar libre a un hombre vulgar... Però, ¿dónde encontraré un amante que resista tanto como tú?





Las exclamaciones de la hembra, que no se recató de gritarlas, le obligaron a ponerse de rodillas, pero con los codos apoyados en la colcha, junto a la cabecera. Porque seguía necesitando unos sólidos apoyos. Las arremetidas de aquel falo prodigioso no dejaban de querer desplazarla. En realidad no existía entre ellos un razonamiento mejor que la penetración, aunque se empeñaran en ofrecerse algunos recuerdos y justificaciones.

Quizá por este motivo dejaron que en el silencio de la habitación «hablaran» las fricciones de sus carnes, sus jadeos y sus respiraciones.







Hasta que Valeria se colocó cruzada en la cama, con cierta torpeza porque estaba disfrutando del cuarto orgasmo, y la polla se salió del coño. Sólo un instante; pero lo suficiente para que ella protestara airadamente:

—¡No la saques... Ahora noooo! ¡¡Cacho de animal, te estás reteniendo aposta... Quieres dejarme «marcado a fuego» el recuerdo de esta follada... Qué mi raja se quede permanentemente con la sensación de estar siendo penetrada por ti, aunque llevemos decenas de años sin vernos...!! ¡¡Dámela de nuevo o... Soy capaz de sacarte los ojos con mis uñas...!!







Las palabras de Valeria habían tenido el gran acierto de dibujar la verdad en todas sus dimensiones. Porque ése era el propósito del trapeceista. Si era cierto que acabaría perdiendo a «su hembra», sólo sería de una forma social o formal, ya que quedaría entre ambos la seguridad de «nadie te ha follado como yo»... Y mientras continuaba empa-

lándola, en distintas posiciones, él dejó escapar una risotada de triunfo.

—¡Sólo falta que te golpees en el pecho y me pongas un pie encima, a la manera de un gorila vencedor...! —se quejó Valeria, con el rostro vuelto hacia un lado y dejando que la lengua repasara sus labios resecos.

Ella lo había dicho todo;



luego a Mario únicamente le quedaba proseguir con la follada. Volvió a echarse en la cama, boca abajo, situó a su amante sentada en la picha y la sujetó por el cuerpo. Durante unos momentos no tuvo necesidad de mover la pelvis, ya que prefirió agitar el cuerpo femenino. Con gran

facilidad y como sino acusara el peso. En ningún instante perdió la erección, y pudo mantenerse en lo hondo de la raja.

—¡Si te pudiera tener aquí, dentro de mi... No me casaría con ningún otro... Pero estoy pidiendo un imposible...! —se lamentó la hembra.





«—Por eso no paso... La follada la dirijo yo, ¡y terminaré cuando a mí me convenga!»

—¡No sería lo mismo!  
¡Necesito esta presión, el calor  
y la resistencia... También  
escuchar tus respiraciones y  
tus malditas carcajadas...!  
¡¡Metémela más hondo...  
Atraviesa todo lo que encuen-  
tres... Muévete... Aaaaahhh!!

—Estoy dentro de tí. Mis  
cojones hace rato que no  
cesan de llamar en las puertas  
de tu chumino... ¿Qué más  
puedo entregarte...?

—¡Córrete de una vez...  
Suelta el freno físico o men-  
tal... Ya has conseguido lo  
que pretendías: volverme  
loca... Hazme este último  
favor...!

—Por eso no paso... La  
follada la dirijo yo, ¡y termi-  
nará cuando a mí me conven-  
ga! ¡Claro que antes te he de  
advertir algo importante: si te  
casas no me volverás a ver  
nunca más... Ni aunque te  
quedaras desnuda y me lo  
suplicas! Ya sabes que no.  
fanfarroneo... ¡Qué hermosos  
son tus pezones!

Había cambiado de tema  
intencionadamente; no obs-  
tante, su amenaza quedó  
latiendo en el aire. Y Valeria  
la encajó sin abandonar la  
cabalgada sobre la polla.

Así estuvieron jugando con  
fuego hasta que fue Mario



quien buscó la cabecera de la cama, necesitado de un apoyo extra. Había resistido más de una hora sin eyacular. Le dolían los cojones y las raíces de la columna vertebral. Saltó fuera del chocho, dejó que Valeria le atrapase la polla y... ¡Liberó la carga de semen a la manera de un géiser!







Espesos goterones de leche, que depositó en el vientre liso y palpitante. Con el cual cubrió de nata los pezones y las tetas, a la manera de un confitero rematando la mejor de sus tartas. Mientras, ella se apretaba el cuerpo, en silencio, y se mantenía en tensión. Gozando de aquel instante único, su despedida. Reteniendo en la memoria cada deta-

lle, cada pasión y todos y cada uno de los elementos de la eyaculación y de su «vestimenta» cremosa.

Con la lengua fuera, lamien-do mentalmente el esperma que iba recibiendo, se fue dejando abrasar. Después evocó lo mucho que había gozado con aquel amante. Y tomó una decisión.

—¡No me casaré con ese





estúpido empresario, Mario!  
¡¡Jamás me perdonaría haber  
perdido la posibilidad de  
gozar de esto... De tus ex-  
traordinarias folladas...!! Ya  
me he acostado con él... ¡Ni te  
llega a los talones!!

—Calma, nena... —musitó  
el trapecista, con un hilo de  
voz—. Puedes hacerlo. A  
pesar de lo que me joda  
perderte, también tú eres la

mejor hembra de mi vida...  
¡Me encontrarás siempre que  
desees! Claro que mi profesión  
me obliga a estar viajando  
continuamente por todo el  
mundo...

—El imbécil de mi «futuro»  
tiene más dinero que pesa...  
¡Te buscaré allí donde estés,  
cada vez que me pique el  
chichi! ¡¡Gracias, amor!!







# Placeres prohibidos

## Todo para dentro

No había nieve. Después de haber estado planeando aquel fin de semana durante un mes, se fueron a encontrar con que todas las pistas se hallaban imposibles para esquiar. Pero ya estaban allí, y no les pareció lógico regresar a la ciudad. Por este motivo decidieron quedarse.

Prepararon las cosas con mucha paciencia y comenzaron las bromas. Marcela y Pablo tenían fama de aguantar cualquier cosa por pesada que les pareciera a cualquier otro. Y ya en la comida Adela y Armando, el segundo matrimonio, se presentaron en la comida con los genitales al aire y completamente abrigados por arriba. Después de los postres, ella se alargó en la mesa, se abrió el coño con las dos manos y se quedó bien expuesta.

—Marcela, ¿qué te parece si jugásemos a comprobar cuál de las dos aguanta un objeto mayor aquí dentro? —preguntó señalándose la cueva vaginal.

—Seguro que me ganarías tú, ¡porque tienes un papo que parece un túnel de ferrocarril! —se disculpó la rubia, teniendo en las manos el último pedazo de plátano—. Lo único que podría hacerte, si Pablo me lo autoriza, es darte unos golpecitos en el clítoris... ¡Has dejado los labios demasiado abiertos, y se asoma por arriba como si fuera un gusano gordonzuelo!

—¡Adelante, házselo! —le autorizó el esposo, empezando a bocear una carcajada y con un bulto en la bragueta que iba a estallar la cremallera.

La más «recatada» se desnudó casi por completo, aunque eso no «estuviera en el guión», y los hombres pudieron comprobar que ya lucía unos pezones afilados y durísimos. Seguidamente, se subió en la mesa y gateó por ella.

A medida que se iba desplazando, muy despacio para conceder una gran importancia al momento, comenzó a mirar hacia los objetos

que colgaban en las paredes. En seguida localizó lo que deseaba, se volvió a su derecha y pidió con un mohín malicioso:

—Armando, ¿quieres alcanzarla la mazorca que tienes a tus espaldas? ¡Sí, esa tan gorda y llenita de ramas!

—¿Qué pretendes hacer con ella, Marcela? —preguntó el marido de Adela, intrigado y con el zupo encima del plato en el que aún quedaba un poco de flan.

—Pronto lo verás. ¡Tú dame lo que te he pedido, y deja de hacerte el remolón!

En el momento que la «gateadora» tuvo en sus manos la mazorca continuó su avance, hasta que se situó delante de la amiga. Echó una mirada a aquel papo enorme, agachó la cabeza para besarlo y mordisqueó el clítoris... Súbitamente,

cuando los otros tres creían que seguiría con él cunnilingus, empuñó la mazorca como si fuera una daga veneciana y, muy lentamente, empezó a hundirla en el coño abierto de Adela. Sin embargo ésta no hizo ni el menor gesto de rechazo; al contrario, pareció como si hubiera puesto en funcionamiento la aspiradora vaginal, ya que colaboró en la penetración.

Cuando tuvo media mazorca dentro, empezó a agitarse, a jadear frenéticamente y a estirar los brazos necesitada de encontrar un punto de sujeción. Bajo los efectos de unos orgasmos que segregaban unos caldos que dieron la impresión de que se estaba meando...

—¡Caldos de gloria, sin embotellar y gratis, amigos! —gritó Armando, incorporándose—. ¡A beber a morro!







una amiga, Chedes, que era tanto o más golfa que ellos. La sujetaron con fuerza, y los hombres también se subieron a la mesa, desnudos y pajeándose.

La mazorca y las dos pollas adquirieron el máximo de protagonismo, por el ruido de las frotaciones, sus tamaños y la hermosura de sus formas. Marcela y Chedes tuvieron que apretar sus piernas, acaso con mayor fuerza que la «follada», al sentir que les venía el clímax sin necesidad de que nadie les tocara. Y es que la escena no era para menos...

Repentinamente, las vergas se hicieron mangueras de leche, que regaron el cuerpo de la hembra que seguía boca abajo, estirada sobre la mesa y penetrada por la mazorca... ¡Había llegado la hora del despendolamiento más feroz!

Allí todo valió para que las

La invitación resultó tan generosa y provocadora que el otro matrimonio no la rechazó, ¡ni muchísimo menos! Después, los tres se pelearon como niños lujuriosos, empujándose las cabezas y agarrándose por las pollas o por el chumino, para retirar al que se estaba «pasando» en la absorción de los humores vaginales. Mientras, Adela no cesaba de contorsionarse ante las excitaciones añadidas por las bocas de sus amigos y de su marido.

Lo esencial fue que a nadie se le ocurrió sacar la mazorca del coño, debido a que era la generadora de tanto líquido. Lo que sí hicieron fue irla empujando un poco más. Sin detenerse hasta que la «follada» aulló con una voz atronadora:

—¡No me metáis las hojas... Nooo... Eso me mataría...!

Nadie la hizo caso. Además, para entonces se había añadido





mujeres fueran penetradas, desde una botella a los plátanos más verdes, pasando por calabacines o cualquiera de los objetos y frutas con formas fálicas. No fue necesario que los hombres los manejaran, ya que ellas mismas se los introducían en sus propios coños o en los que tenían más próximos. También Pablo y Armando se acordaron de sus culos; bueno, mejor diremos que los agujeros anales de las hembras y del macho que tenían cerca... ¡Allí todo servía para «follar», en una orgía enloquecida y que inundó la mesa de esperma, humores y salivas de gusto!

Por último Marcela y Adela se quedaron solas con Armando, que era el tío más viril que habían conocido. Le hicieron que se pusiera de pie en la mesa, y se entregaron a mamarle la polla... ¡Una auténtica maravilla, que se encur-

vaba apuntando al techo y les ofrecía unos cojones como peludas bolas de billar! El remate de una orgía sensacional, mejor que estar esquiando...

Encima Marcela se hallaba sentada y metiéndose un plátano en el chichi, dando idea de que nunca se veía harta. En medio de aquel remate sexual acabaron buscando otra mesa, luego de más de cinco horas de diversión, donde las bocas, las manos y los genitales parecieron estarse fundiendo en una especie de ballet orgiástico. Una obra de arte que se remató con los orgasmos consecutivos. Al fin, completamente derrengados, permanecieron tendidos en el suelo, felices y y pringosos...

—Un cansancio más sano y divertido que agotarse con los esquis en las pendientes más largas y difíciles —reconoció Armando, riendo.

# El segundo chorro es el mejor

En el momento que Julián soltó la «mascaá» en mis tetas, bajo los efectos de mis sobeteos y mamadas, me dijo que íbamos por el mejor camino. Nunca me conformo con una sola. Quiero ordeñar a mis machos dos veces por lo menos.





Lo mejor que me sucedió con Julián es que la polla no se le aflojó. Soy yo mucha tía, y la mayoría de mis amantes saben que me pueden disfrutar más allá del tercer o cuarto polvo. Le abracé con fuerza y nos besamos. Su lengua se mostró algo cansada...





Julián no dijo ni una sola palabra... ¿Para qué? Ya hablaba por él toda su polla y las arremetidas feroces que me estaba propinando. Superando el segundo orgasmo, volví a desplazarme y no paré hasta quedarme en la posición de la oveja, queriendo que él repitiese la perforación posterior. Esa que te permite recibir la verga de abajo a arriba y hasta lo más íntimo de las entrañas. La recogí con un apretón de las paredes vaginales. Pero se encabritó el macho y exigió nuevas posiciones. Se las di al quedarme boca arriba y, más tarde, al sentarme sobre él... ¡Agitándome con todo lo que disponía y me hallaba dispuesta a entregarle en su totalidad!



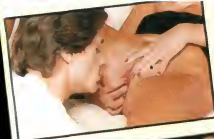


Mi agradecimiento lo demostré al cerrarme de muslos, impulsar las ingles hacia arriba y empezar a liberar el primer orgasmo. Bebida para mi hombre, que tomé encajando su boca en mi chichi. Proferí un intenso suspiro y me desplacé un poco hacia la izquierda. Julián lo entendió y se puso de rodillas en la moqueta. Yo le había seguido lamiendo el capullo; sin embargo había llegado el momento de la penetración... Recibí la polla, al principio, desde atrás. Después le tuve encima de mi, poderoso y tremendo. Arreándome unas embestidas que no los habría podido superar ni el más fiero y noble de los toros. Le animé con mis suspiros y jadeos.





Sin querer perder el contacto con su verga formidable, fui haciendo que mi cuerpo cambiara de posición. No me detuve hasta quedar boca arriba y un poco incorporada, con lo que le ofrecí mis tetas.





Mayor energía me demostró en el instante que rodamos por el sofá y por los suelos, sin detenernos hasta que formamos un «69»... ¡Número mágico que vino a concedernos a los dos las mismas posibilidades y privilegios! Como Julián me estaba ofreciendo el regalo extra de su bigote, procuré dedicarle una felación super: me engullí su capullo al completo y descendí un poco más por el tallo. Estoy tan entrenada que ya no corro el peligro de que aparezca una arcada, aunque me lo lleve hasta las amígdalas. Lo golpeé con la lengua y absorbí con intensidad. Al mismo tiempo, él me estaba lamiendo los dos orificios... ¡Un regalo doble que acostumbro a agradecer espléndidamente!

Julían tuvo que cerrar los ojos, respirar discontinuamente y empujarme un poco hacia delante... ¡Los síntomas de que iba a soltar el segundo chorro de esperma... El mejor y el que yo aguardaba sedienta!





Ya no dudé en empujarle con fuerza, sin detenerme hasta que le vi sentado en el sofá. Su espalda se apoyó cansinamente en el respaldo. Entonces empuñé la polla, mi trofeo, y me la llevé a la boca. La felación rematadora, con una lengua que dibujó líneas de humedad en el glande y en el prepucio; acto seguido, hice que la totalidad del instrumento recibiera idéntica caricia. Los huevos los tenía gordísimos... ¡Pronto se le aflojaron, y proyectó hasta mi garganta una sustancia espesa, cremosa y más ácida, que procuré beberme hasta la última gota! ¡¡Todo me pertenecía por derecho de conquista, por esta causa no me privé de soltar un eructito de gozo!!



# CANOTIER HUMOR CLUB

Jorge encuentra un preservativo usado en el suelo del coche, y recuerda que su esposa ha sido la última en usar el vehículo.

—¿Qué significa esto, «querida»? —pregunta muy mosca.

—¡Oh, amor mio, no sabes las maravillas que inventan ahora! Ayer mismo compré un vibrador japonés, tan sofisticado que hasta eyacula una especie de leche... ¡Fíjate que cosas, como soy tan tonta creí que podría quedarme embarazada y le puse esa gomita al vibrador!

—Pues esto huele a lefa de tío.

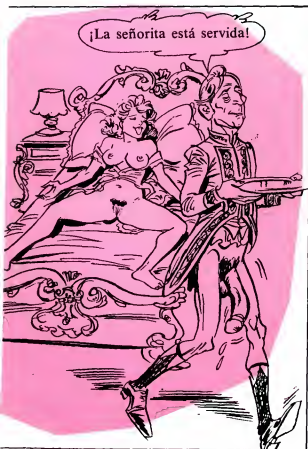
Está reseco y asqueroso... ¡Mira que tú a mí no me la das! ¿No trajiste a casa a mi amigo Enrique?

—¡Uy, quita ya! ¿Cómo iba a hacerlo con Enrique si tiene una polla de 30 centímetros y un capullo que si una se lo metiera en la boca se le desencajarían las mandíbulas?

—¿Y tú cómo sabes todo éso...?

—Porque me la enseñó... De la impresión me desmayé; entonces, creo que, sonámbula, utilicé ese vibrador maravilloso... ¡Por cierto que ya no le he vuelto a encontrar!

\* \* \*



Un casado saluda a un amigo en un bar y le dice:

—La otra noche llegué a casa de improviso y encontré a mi mujer en la cama con un tío gigantesco, de más de dos metros de altura y provisto de una polla de unos 40 cms...:

—¿Y tú que hiciste?

—¡Oh, te juro que si no hubiera estado impedido hubiera matado a aquel hombre... Le habría destrozado con mis manos...! Pero, claro, como estaba impedido...

—Oye, tú eres un tío sano y no te falta ni un brazo ni una pierna... ¿De qué estabas impedido?

—¡De las manos, tío! ¡¡No sabes el pajote que me tuve que hacer al verlos en la cama!!

\* \* \*



\* \* \*

Un violador homicida ha sido condenado a muerte.

La sentencia está a punto de ser ejecutada. Pero la llevarán a cabo 50 ninfómanas, destinadas a «agotar» hasta la última agonía al condenado.

El juez se vuelve al reo y le pregunta:

—¿Cuál es su última voluntad?  
Y el violador contesta:

—¡Qué venga el verdugo rápidamente y me corte la polla!



—¡¡Ernestoooo... Hoy tienes unos labios de fuego...!!

Dos amantes van a un motel. Después de un par de horas dejan libre la habitación. Se acercan a recepción y piden la cuenta.

—Son 4.000 pts., señores —contesta el recepcionista.

El hombre saca un billete de cinco mil y espera. Pero el recepcionista no le da la vuelta. Entonces, bastante enfadado, exige:

—¡Oiga usted, a mi me faltan mil pesetas! ¿Acaso cree que era una propina? Yo no soy tan generoso...

—Perdone, señor —dice el recepcionista.

En seguida se vuelve, abre una caja y saca diez preservativos y se los entrega al cliente.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso pretende reírse de mí?

—Ni mucho menos, señor —replica el recepcionista muy tranquilo—. Lo único que hago es darle la vuelta: cada preservativo vale cien pesetas... ¡Así en los próximos diez polvos podrá evitar que nazcan hijos como usted!



—Encantada de conocerle, Julio... ¡Con este amontonamiento una agradece los buenos modales!



—¡Cariño, siempre exageras  
en el momento de finalizar tus  
esculturas!



—¡Es usted el primer hom-  
bre con el que bailo estando a  
una distancia de 40 cms.

\* \* \*

—Por llevarme a la cama  
un francés me ofreció 100.000  
pts. —dice una puta a un  
hombre que no se decide a  
subir con ella a la habitación,  
cuando ya son las cuatro de la  
mañana.

—Pues yo sólo te ofrezco  
mil pesetas...

—De acuerdo, de acuerdo...  
¡No sea que con esa escopeta  
que tú guardas ahí, se te vaya  
a ocurrir ponerte a disparar al  
aire!

\* \* \*



—¡Ehhh... Oh... Auxilio, guardia!

# Gozando hasta el agotamiento

Yo sabía que mi amigo Andrés era un ligón, pero jamás pude creer que llegase a tales extremos de enrollarse con las dos vecinas más hermosas del edificio... ¡Y ambas estaban casadas con unos tíos con dinero y bastante mala leche! La verdad que en el asunto de la jodienda todos sabemos encontrar mil disculpas para «engañar» a quien nos interesa...

Aquella tarde entré en el piso sin muchos ánimos, pues un gilipollas me acababa de destrozar la aleta delantera derecha de un coche recién estrenado. Con la bronca consiguiente, el rollo de rellenar los papeles del seguro y lo demás tenía el ánimo alicaído. Pero, ante el numerito que encontré, empecé a sentir que algo se avivaba en mi bragueta.

—¡Ya iba siendo hora que





vinieras, Tomás! —dijo Andrés, volviéndose un poco ya que se lo impedía la mamada que le estaba dedicando Marta—. Lucía lleva más de treinta minutos esperándote... ¡Confío en que no la hayas dejado demasiado fría, porque hace un rato que se ha cansado de hablar de ti creyendo que no se te ocurriría aparecer! ¡¡Mira que eres plasta, tío!!

La rubia dejó la silla y a mí me desaparecieron las preocupaciones. Creo que hasta acumulé reservas para todas las veces que tuviera hipo... ¡Vaya impresión que me llevé! Yo deseaba a aquella mujer, porque era de las que no se bajaban la falda al sentarse, y encima te enseñaba hasta los pelos que le salían por las braguitas al meterse en el coche de su marido.





Lucía se arrodilló ante mí, con las manos apoyadas en mis piernas y mirando hacia mi bragueta. A la vez no dejábamos de escuchar los lametones de Marta. A nosotros dos se nos hizo la boca agua y me quité el pantalón con bastante nerviosismo. No es que yo sea un cortado; lo que me pasaba es que todavía llevaba encima las secuelas del enfrentamiento con el imbécil.

—¡Eres un chaval tan guapo, Tomás! —me dijo la rubia, apoyada en el posabrazos del sofá—. ¡Cómo me ha gustado siempre ponerte nervioso, y ver tus mejilla encendidas por el rubor!





*«...Ella se acababa de tragar media picha.»*

—En cuanto Andrés nos propuso venir a vuestro piso, Marta y yo no lo dudamos... ¡Estáis tan bien hechos los dos! Jugáis en el equipo de fútbol... ¡Cuando os excitáis por haber conseguido un gol o a causa de estar perdiendo, pero mantenéis la esperanza de remontar el resultado, se os ponen unos bultos en los calzones deportivos... Pero ya tengo a tu «monstruito revoltoso» a mi merced! ¡¡Pero que bien le voy a tratar yo... Lo he deseado tanto... Deja que me lo meta en la boca... Oh, si estoy llenita de saliva!

¿No sonaba aquello a una declaración de amor... o a una invitación a que me perdiese en la más furiosa de las folladas? Por otra parte, Andrés y Marta continuaban con lo suyo, que pronto sería idéntico a lo que nosotros íbamos a protagonizar. Los labios de Lucía me la sujetaron unos momentos, recreándose en la posesión. Terminé de librarme de los pantalones y el slip, con unas patadas, y me preparé para lo mejor. Acaricié los rubios cabellos, bajé mis dedos a su nuca y apreté la cabeza hacia mi... ¡En el instante que ella se acababa de tragar media picha!







*«No sé el tiempo que nos las estuvieron mamando.»*

Sin necesidad de ser muy expertos en las cuestiones sexuales, tanto Andrés como yo comprendimos que a aquellas dos mujeres les gustaban las pollas más que el comer y el respirar. No sé el tiempo que nos la estuvieron mamando; Durante minutos tuve necesidad de buscar el sofá, ante el miedo de acabar zambulléndome en la alfombra del suelo. Con la espalda bien defendida ante cualquier caída, aún me quedaron fuerzas para acariciar los pezones de la rubia y sobar sus hombros y su cuello... Encontré una piel cubierta de sudor, dorada y palpitante. ¡Aquella tía estaba más viva y decidida que cualquiera de las muchas que he conocido en mi larga vida de follador! De repente, me di cuenta de que me iba a correr...

Miré hacia Andrés y comprobé que él ya lo estaba soltando. Esto me tranquilizó un poco, a pesar de no saber el tiempo que él llevaba recibiendo un tratamiento de mamada... ¡Con que alivio me fui en el interior de aquella boca que no cesaba de manejar la lengua de una manera exprimidora! Luego, con la garganta llenita de leche, de mi sustancia, me miró muy agradecida.







Seguidamente, nos tomamos unos minutos de respiro. Las dos tías eran gatas perversas y no dejaron de manosear nuestro genitales. También nos besaban las tetilas. Hasta que se miraron con una sonrisa diabólica en los ojos y en las pupilas y, sin solicitar nuestra opinión, cambiaron de hombre; es decir, Marta se vino conmigo y Lucía se fue al lado de Andrés.

Pero la rubia era cosa fina. Una putona de esas que no te dejan en paz hasta que te ven «en los huesos y suplicando que no te quede algo vivo, sobre todo la polla»... Se puso de pie en el sofá, apoyó las manos en lo alto del respaldo y plantó todas sus ingles y su

chochazo en el rostro de mi amigo... ¡Vaya con la toalla! A él sólo le quedó el recurso de mamar en el pocillo vaginal, porque de otra manera hubiera perdido la nariz o los párpados... Pocos segundos más tarde, escuché los chasquidos de su lengua y los suspiros de la hembra. Algo que me puso a cien...

Por fortuna Marta no se mostró tan desesperada. Prefirió tomarse la felación con más tranquilidad; aunque, eso sí, se tragó mayor cantidad que la otra, después de que me proporcionó una erección fenomenal. Como me hallaba perfectamente sentado lo resistí todo.

Ya me puse a imaginar que





*«¡Te estoy ofreciendo mi chocho... Mámalo de una vez por todas! Ya verás lo saladito que se me ha puesto.»*

estaba gozando de un momento único, del que iba a obtener los mejores resultados. Iluso de mí, pues también creía que la múltiple follada se desarrollaría de una forma «civilizada»... ¡Ya, ya!

Aquellas dos casadas tenían su personal criterio de lo que estaban haciendo y de lo que se proponían conseguir. De pronto, Marta dejó mi polla y se fue a por la de Andrés, que se hallaba exhibiendo una forma tremenda. No es que yo le ofreciera una peor mercancía, lo que ocurría era que ella

pretendía mucho más. Como me demostró al decirme irónicamente.

—¿Es que te vas a quedar ahí parado toda la vida? ¡Te estoy ofreciendo mi chocho... Mámalo de una vez por todas! Ya verás lo saladito que se me ha puesto... Sólo tienes que meterme la lengua para comprobarlo!

Me estaba tratando como si yo fuera un escolar al que se le indican los pasos que ha de dar en su primer polvo... ¡Entonces me vestí de lujuria!

Ni corto ni perezoso me





entregué a beber en aquel pozo encharcado, utilizando los labios y la lengua. Recogí la mayor cantidad de gotas en las proximidades del clitoris, provocando que ella diera un salto, abandonase la polla de Andrés y se pusiera a gritar:

—¡Lucía, este guapo mozo se ha disparado! ¿No le querías sólo para tí? ¡Pues vamos a compartirlo ahora mismo! ¡¡Date prisa, que no hemos de perdernos esta extraordinaria oportunidad... Una oferta de excepción...!!

La morena se colocó sobre el sofá, en cunclillas y dándome la espalda. Así recogió mi verga y se la llevó al chocho. Pronto vino la rubia.





*«...Sometidos a aquellas hembras, unos coños devoradores.»*

Lucía se dedicó a lamermelos cojones y la zona baja del tallo, animándome a intensificar la follada. Cada uno de sus lengüetazos me llevaron a empujar hacia arriba, como si quisiera hacerla volar hasta el techo. Al mismo tiempo, Andrés se había venido con nosotros y estaba dedicado al chumino de la rubia, que acabó por penetrar con su polla...

Cuatro cuerpos humanos formando una escultura del tipo de las de ensamblaje, que mantuvimos por espacio de unos quince minutos. Sin que se alterara demasiado. Lo que sí acabó con ella fueron las corridas. Teníamos a nuestra merced, o más bien nos hallábamos sometidos a aquellas hembras, unos coños devoradores... ¡Explosionamos con una tremenda aparatosisidad, igual que si se nos fueran las energías por las puntas de los capullos!

Algo más tarde, casi en el momento que Andrés y yo pensábamos en que era la hora de despedirlas, vimos cómo Marta se ponía un picardía negro y empezaba a bailar sensualmente. Lo mismo hizo Lucía. Las dos aproximándose cada vez más a nosotros... ¿¡Cómo íbamos a abandonarlas!?







*«...Los lametones que Lucía me dedicó en los cojones...»*

alguno podría hacerme...!  
¿Me permites que la tome como asiento?

No aguardó mi respuesta, ni la necesitaba. Se acomodó en mis piernas, y sus ingles, sin la ayuda de mis manos ni de las suyas, consiguieron el prodigio de la penetración. Escuché el sonido de sus jugos, a los que vinieron a unirse, nuevamente, los lametones que Lucía me dedicó en los cojones.

Además mi amigo también repitió posición, pues se fue en busca con su picha del chumino de la rubia.

Marta se aproximó a mí, seductora: la lengua fuera de los labios, relamiéndoselos, las aletas de su chichi palpitando y con los pezones que alzaban provocadoramente su picardías. Se arrodilló en la alfombra, recogió mi verga entre sus manos y se dedicó a amasarla con las palmas.

—¿Qué haces? —le pregunté, aunque sabía cuáles eran sus intenciones.

—Dejártela lista para llevármela al chichi... ¿Es que me lo vas a impedir, guapísimo? —Sus labios estaban componiendo un mohín «diabólico»—. ¡La deseo con tanta fuerza... Me parece el mejor regalo que hombre







*«...Se transformó en una especie de batidora, manejando mi polla de derecha a izquierda, incansablemente...»*

¡Diabólicas mujeres! Habían llegado a nuestro piso como unos ligues, y parecían dispuestas a exprimirnos. El culo de Marta se transformó en una especie de batidora, manejando mi polla de derecha a izquierda, incansablemente. Mientras, Lucía había colocado su pierna izquierda sobre el hombro de Andrés y le estaba exigiendo una folla-da de campeonato... ¡Aquello se parecía a la final de ascenso de categoría, frente a un equipo que nos imponía el mayor de los esfuerzos y todo el desarrollo de nuestras habilidades!

Repentinamente vi como mi amigo se aflojaba, soltaba una maldición que retumbaba en todo el salón se iba a por la chorra... ¡Abandonaba el partido cuando a mi me estaban exigiendo marcar un cuarto gol sin saber los minutos de juego que nos quedaban!

—¡Volvemos a tenerle para nosotras solitas! —exclamó Marta, llamando a su «compinche»—. El rubio está muy bien... ¡Pero el moreno nos ha puesto los clítoris en convulsión desde el primer momento que le vimos!

Así fue como me vi jugando







sólo, sin la ayuda de Andrés —no sé dónde se fue el cabrito— con las dos hembras. Se sentaron en mí, frotándose las cachas en una exhibición de esa parte de lesbianismo que se da entre las bisexuales, porque eso eran las dos. No sé si me entró un poco de desmoralización; la cuestión es que la polla se me aflojó bastante y se quedó con el glande frotando la funda de pelo del sofá...

—¡Fíjate, Lucía, a nuestro campeón se le ha bajado la «moral»! ¡Vamos a resucitársela ahora mismo! —pidió. Marta, riendo de una forma muy lujuriosa.

Las tías me dedicaron un

«bocas-picha» que me dejó temblándito, y de nuevo bien empalmado. Después, la morena se puso de rodillas en el sofá, abrazada a su amiga y besándola las tetas, y esperó mi reacción.

—¡Clavámela por atrás, guapo! —me exigió—. ¡No te hagas rogar... Te hemos visto correr durante noventa minutos en el campo de fútbol... Lo nuestro te exige menos esfuerzo... Adelante, campeón!

La frase me sirvió de aliento. Procuré situarme en la posición más adecuada, y se la encalomé a la segunda. Me notaba bastante excitado.

Hasta tal grado llegaba mi calentura, que no me importó



verlas magrearse, tocarse las tetas y el coño y acabar, con el mayor descaro, chupándose la almeja. Siempre me habían cabreado las lesbianas; pero aquello era otra cosa. Además se incluían unas paredes lubricadas, prensiles, que acompañaban a cada uno de mis cipotazos. Agarré a Marta por las caderas y la fui controlando como más me interesaba, ya que en ciertos momentos pareció más entregada al cunnilingus que dedicaba a Lucía que a nuestra follada.

—Nunca tenéis suficiente —comenté, asombrado—. Es la maravilla de las ninfómanas...













Ninguna de las dos me respondió. Prefirieron continuar con lo suyo, que cada vez era lo mío. Sus reacciones, en especial las de Marta, estaban mejorando la calidad de la follada. Le di unos cipotazos en la misma puerta del coño; luego, tomando un poco de aliento, salí de la cavidad vaginal y me introduje en su ano... ¡Dios... Si me aspiró el capullo con una facilidad prodigiosa! Fue como disparar a gol con la portería vacía, el balón parado y a medio metro de distancia... ¿Cómo era posible?

—¡Esta y yo nos metemos vibradores por todas partes!  
—me aclaró Lucía.



*«... Esposas que guardan la fidelidad masturbándose a escondidas.»*

—Preferimos los falos de los hombres; pero cuando nos sentimos con ganas de hacerlo y no tenemos a uno cerca... ¡Claro que ahora estáis vosotros! —siguió diciendo la rubia, a la vez que abrazaba a la otra y me miraba con una sonrisa—. Nos gustas mucho... ¡Pero la necesidad sexualidad es otra cosa! Hay esposas que guardan la fidelidad masturbándose a escondidas; nosotras hemos encontrado unos medios humanos más interesantes... ¡A pesar de que en ocasiones corramos el peligro de ser descubiertas!





En aquel momento apareció Andrés. Lucía corrió en su busca y lo trajo en seguida al sofá, donde le sentó para dedicarse a chuparle la verga. Pero no se olvidó de nuestros genitales, que acarició en el momento que Marta repitió posición al ponerse de pie delante de mi, con la única intención de dejarse caer rápidamente sobre mi capullo. Se lo introdujo directamente.

Después, nos entregamos a realizar lo que mejor sabíamos hacer: gozar del sexo sin ningún tipo de prejuicios y dando rienda suelta a nuestras pasiones más cachondas. Mar-





*«... Y sentí que el esperma me salía, me era arrancado...»*

ta me lo agradeció con otro orgasmo.

Repentinamente, el cerebro se me llenó de luces y pedí a mi suerte que aquella fuera la última corrida de la tarde. Todos mis nervios entraron en eclosión, y sentí que el esperma me salía, me era arrancado, del centro de la columna vertebral.

Detalles suficientes para que Lucía pudiera saber que iba a eyacular. Adelantó el cuerpo, extrajo la polla del coño de su amiga y recibió mi manteca abrasadora...





*«...Mi picha aún se hallaba adornada de unos regueros de semen.»*

El semen se desbordó por todo mi glande y la caña de la verga, en forma de papilla. Lucía dejó que esto sucediera hasta que salió la última gota; luego, muy despacio y recreándose con cada pasada de su lengua, lo fue recogiendo de una forma concienzuda, sin darse prisas y segura de que todo ello le pertenecía... Mientras, a mi tocaba dejarle hacer, perdidas las fuerzas y con la espalda apoyada en el respaldo del sofá.

Por su parte, Marta se estaba retorciendo a merced de un orgasmo que la mantenía ignorante de las acciones de su amiga. Estoy convencido de que las conocía. Pero yo, a pesar de la felicidad que sentía, no dejaba de alimentar una especie de pánico... ¿Cuándo se iban a cansar de gozar aquellas dos tías? ¿Y si nos exigían que las siguiéramos follando hasta entrada la noche? Es posible que estas preguntas fueran alimentadas por mi debilidad...

Tragué saliva, bajé las manos para acariciar el cabello de la rubia y vi que mi picha aún se hallaba adornada de unos pocos regueros de semen.

El adorno duró muy poco, debido a la voracidad de





Lucía. Después, Andrés y yo abandonamos el sofá y nos situamos ante ellas. De verdad, tuvimos que buscar la ayuda de una silla y de la pared... ¡Menuda flojera de piernas teníamos! Miré a mi amigo, comprendí que él no estaba muy dispuesto a hablar, y tuve que ser yo el que lo hiciera con más decisión de lo que hubiese querido:

—Bueno, chicas, ¡aquí se acabó por esta tarde! Mañana seguimos... Jugamos un partido de fútbol el domingo, o sea dentro de cuarenta y ocho horas, ¿no querréis agotarnos?

Su respuesta fue avanzar hacia nosotros, dispuestas a seguir follando...







# cuentos calientes



## Una follada café con leche

Acababan de firmar el contrato soñado, y les esperaba una gira por toda América, Australia, Japón y otros países de Asia. Más de seis meses de trabajo bien pagado, y tenían ante ellos un cheque confirmado por valor de doscientos mil dólares. Donna abrió sus gruesos labios morenos, enseñó las blancas palmas de sus manos y dejó que Leonor y Oscar viera su roja lengua.

—¡Ya os estáis echando en la mesa escritorio con los genitales desnudos y a mi disposición... Qué voy a comportarme como mis ancestros caníbales! No teníais confianza en que el vídeo diese resultado. Me costó meses convenceros, y hasta lo tuve que financiar con mi propio dinero... ¡Ahora viene la oferta de una «tourne» prodigiosa, y os quedáis ahí pasmaditos! ¡¡Pues vais a pagármelo de la mejor manera que se me ocurre!!

Los dos la complacieron sin dejar de reír; no obstante, en el momento que se encontraron a disposición de la negra, no dejaron de sentir que unos escalofríos marcaban un violento recorrido por sus espaldas.

—¿Qué pretendes hacernos, Donna? —preguntó él, luego de tragar saliva.

—Hemos montado el mejor numerito erótico que se conoce en Europa. ¡Deja que le dé a mi fantasía! ¿No soy yo la fuente de tu inspiración, aunque tú pases por ser el director de escena?

Se aproximó a ellos, agarró la polla con la mano derecha y tiró de ella, igual que si fuera de goma; en seguida la dio una sacudida propia de un látigo y la puso en erección. Después hundió el puño de su mano izquierda en el chocado de Leonor, empujó hacia delante y hacia atrás y abrió un portón

inmenso, carnoso y llenito de caldos. Por último, agachó la cabeza y se entregó a morder los dos genitales, dedicando el mismo tiempo a cada uno de ellos. No vaciló en el momento de masticarlos, sin causarles dolor, y bebió todas las sustancias que le llegaban, sobre todo del chocho de Leonor.

Pero las verdaderas intenciones de Donna no eran esas. Se retiró de ellos y comenzó a desnudarse, animada al ver que Leonor la imitaba, luego de bajarse de la mesa escritorio. En seguida las dos mujeres se pegaron a su compañero de trabajo, dejaron que las rodease con sus brazos y, sin ninguna prisa, le soltaron el cinturón, le desabotaron el pantalón y bajaron la cremallera de la bragueta, sometiénolo a un verdadero ritual.

No obstante, cuando brincó la polla al exterior, tan enorme y

curvada, la miraron con voluptuosidad. La habían saboreado infinidad de veces, fuera y lejos del escenario; pero siempre descubrían en ella una nueva posibilidad.

—¡Esta es nuestra verdadera fuente de inspiración! —admitió Leonor.

—Di mejor que la encontramos en las «folladas café con leche» que organizamos los tres. De no ser por el amor sin celos que nos profesamos sería imposible que continuáramos unidos después de cuatro años —rectificó Donna.

Las mujeres empujaron al hombre sobre la mesa y se entregaron a disfrutar de la polla de una forma alternativa, relevándose en las penetraciones. Pasados unos minutos prefirieron revolcarse por el sofá, queriendo aprovechar lo que se les fuera presentado, sin respetar ningún formalismo heterosexual. Ellas se amaban con la misma pasión que entregaban a su hombre, y encontraban idéntico placer en el coño de la otra que en la picha de él.

Y con esta idea no pudieron detenerse hasta muy entrada la noche, cuando ya tenían que ir a actuar. Estaban cansados, y debían repetir el número en el escenario. Por esta causa Leonor propuso lo siguiente:

—¿Por qué no nos escaqueamos? Disponemos de un contrato millonario. ¡Mandemos a paseo la función en una sala que nos paga una miseria!

—¡Ah, eso no, chica! —exclamó la negra—. Somos profesionales... ¡Habrà que espabilar los coños y la polla de éste, pero a nuestro público no le fallaremos!

Tuvieron que hacerle caso... ¡No podían exponerse a otra sesión de canibalismo!





La brutal  
imposición  
del macho

# LA PULPA DEL GANGSTER

¿Por qué tantas bellísimas mujeres se han sentido fascinadas por un asesino mafioso? ¿Acaso el dinero, el poder o el placer de lo morboso?



Bionda era una diosa rubia, arrancada del mismo escenario donde pudo haber sido coronada «miss mundo» por los hombres de Alex Domini, el «boss» de los barrios bajos de Chicago. Debieron adormecerla con cloroformo para conseguir meterla en el coche.





El gangster llevaba una pistola en la funda sobaquera, que no se quitaba ni para dormir. Pero a Bionda le pareció más impresionante la que se disparaba en las ingles. Verla y acabársele las penas fue todo uno. Después, la sintió en el centro de sus carnes, autorizándole hasta los ovarios.



Se dejó manipular sin oponer resistencia. Ya no se pertenecía. Era de aquel hombre extraordinario, que la manejaba brutalmente. Pero que demostraba con la punta de su cipote una singular sensibilidad, buscando que ella obtuviera el orgasmo en lugar de ir él directamente a por el suyo. Y Bionda hizo todo lo posible por agradaarle, por enamorarle. Poseía belleza, un cuerpo prodigioso y un chocho poco utilizado... ¡Una joya que Alex Domini supo valorar en su justa medida!







La descarga de semen del gangster la recibió Bionda junto a su propio orgasmo. En el primer momento hizo intención de mostrar lo mucho que estaba gozando. Pero comprendió que allí lo que importaba era él, el «boss», y se mordió los labios para sobreponerse. De esta manera se transformó en un cuerpo más dúctil y maleable, que en el momento del relajamiento,

mientras su amo bebía a morro en una botella de whisky, le estuvo masajeando la polla hasta que la dejó bien erecta. Acto seguido se dedicó a lamerla con un mimo exquisito, añadiendo muestras de lujuria, y unas exclamaciones de admiración... ¿Estaba adulando a aquel hombre que la había secuestrado? ¡No, se comportaba como una auténtica esclava!





# Blue Weekend

SCANDINAVIAN SEXMAGAZINE IN COLOR